

La leyenda del Babujal

Darío Vilas

*En otro tiempo fui un soldado
y luché en arenas extranjeras por ti.
En otro tiempo fui un cazador
y me traje a casa carne fresca para ti.
En otro tiempo fui un amante
y te busqué detrás de tus ojos.
Pronto habrá otro que te dirá
que no fui más que una mentira.*

«Once I was» – Tim Buckley

PRÓLOGO

Carta remitida por Alfonso Martínez de Aledo a su padre, Adolfo Martínez Landázuri, a la provincia de Matanzas, Cuba.

Madrid, 12 de marzo de 1938

Apreciable y estimado padre,

Me alegraré de que al recibo de esta se encuentre bien de salud, así como la nuestra es por la presente dando gracias a Dios.

Con gran pesar le escribo estas líneas. Me hago cargo de que lleva demasiado tiempo aguardando noticias de mi parte y le pido disculpas por tan largo silencio. En los últimos meses he estado hospitalizado, convaleciente de las heridas que sufrí en el frente mientras defendía nuestra patria de la amenaza roja.

Me han contado que desde fuentes oficiales del bando nacional le transmitieron la noticia de la muerte de mi hermano Pepe, su hijo. Con todo el dolor de mi corazón, no puedo más que confirmarle la noticia de su fallecimiento. Pero no quiero perder la oportunidad de aclarar que esta no fue en absoluto en vano, puesto que es gracias a él que estoy hoy aquí, con vida, pudiendo abrazar a mi esposa Teresa y

a mi hija Ana, su nieta, y escribiendo estas letras, como le explicaré a continuación.

Pepe y yo llegamos a Belchite, provincia de Zaragoza, en el mes de agosto del pasado año, enviados para contribuir en la defensa del pueblo, que estaba siendo sitiado por el bando rojo. Por suerte, ya que la mayor parte de los compañeros combatientes y vecinos del pueblo no pueden decir lo mismo, y aunque Pepe resultó herido durante nuestra huida, conseguimos salir con vida del lugar cuando estaba a punto de ser tomado por los enemigos, viéndonos obligados a vagar sin rumbo hasta que recalamos en una pequeña hacienda, próxima al pueblo de Lécera.

Allí nos dieron refugio sus propietarios, quienes después de habernos asegurado desde un primer momento estar de parte de Dios Todopoderoso, resultaron ser unos traidores afines al gobierno de la república. A los pocos días de nuestra llegada, un grupo de soldados bolcheviques se personó en la propiedad en plena noche con intención de ejecutarnos allí mismo. Negándonos a morir a manos de los comunistas, les hicimos frente como buena-mente pudimos, aunque estábamos desarmados casi por completo. Puede creerme que su amado hijo Pepe luchó con gran valor, pese a acabar abatido bajo fuego enemigo. Por mi parte, también resulté herido, pero gracias al coraje de mi hermano salvé la vida y, al cabo de unas horas, fui rescatado por un destacamento de compañeros del ejército nacional que, por fortuna, inspeccionaba los pueblos de los alrededores en busca de supervivientes de la batalla librada en Belchite.

Le cuento todo esto con la esperanza de que no se deje llevar por la aflicción de la pérdida. Debemos conformarnos con la voluntad de Dios, sea la que sea. Él nos quiere y nos cuida. Es a Él, que nos dio todo, a quien todo le debemos. Y en ese cielo, donde tarde o temprano nos reuniremos con nuestro querido Pepe, podremos continuar juntos la misma vida que le arrebataron, libres para confortarnos de peligros.

Espero que pronto regrese a España, como insinuaba en su última carta, que volvamos a reunirnos y pueda al fin conocer a mi esposa y a su nieta. Yo doy las gracias a Dios cada día por haberme devuelto a su lado.

*Reciba el afectuoso abrazo de su hijo.
¡Viva España!*

Alfonso

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

El Catalar, 13 de abril de 1952: el día de la Comunión.

—¿Dónde están las niñas? —pregunta Alfonso, volviendo a ocupar su asiento al frente de la gran mesa de celebración, tras más de una hora y media de ausencia justificada.

Ana se da cuenta de inmediato de que su padre se ha aseado y cambiado de traje. Contaba con que sería así; el de repuesto, de idéntico corte al que vestía desde esta misma mañana, estaba preparado en su dormitorio por si sufría alguna indisposición. Pese a ello, el hombre vuelve a tener la cara cubierta de sudor y no deja de apretarse de manera disimulada el abdomen con la palma de la mano derecha, como hace cada vez que sufre uno de sus cólicos. Algo que la joven esperaba que sucediera como consecuencia del apetito inusual que venía mostrando durante la jornada; inusual y peligroso, si tenía en cuenta que no solía comer más de lo estrictamente necesario.

Cuando el patriarca se aparta la chaqueta para volver a acomodarse en su asiento, la adolescente no puede evitar fijarse en que la barriga de su padre parecía cada vez más abultada, lo que le da la apariencia propia de una mujer embarazada. Ni siquiera el chaleco, hecho a medida, logra disimularlo del todo. El resto de su anatomía no va en consonancia con su vientre, en los últimos años ha ido perdiendo peso a medida que el médico ajustaba una dieta cada vez más restrictiva, para contener los dolores.

Incluso le da la impresión de que cojea más de lo habitual.

Ana no recuerda a su padre de otra manera. Contaba apenas con unos pocos meses de vida cuando se fue a combatir con el bando nacional y tenía algo más de un año cuando regresó, con las heridas que le habrían de dejar para siempre como secuelas los cólicos, la incapacidad de contener por mucho tiempo sus esfínteres y una cojera que parecía que se iba agravando con el paso de los años, aunque todavía no era tan pronunciada como para necesitar la ayuda de un bastón.

Nadie responde a la pregunta lanzada al aire por Alfonso. En la extensa mesa, dispuesta en forma de U, hay un batiburrillo de conversaciones que se suceden con la cadencia de un oleaje inconstante, en tonos que van desde lo jovial hasta lo exaltado, según se acerca uno a los extremos: la zona por la que las copas de vino se vacían y vuelven a llenar sin que los invitados sientan la obligación de ser comedidos, lejos del rigor protocolario de la parte noble de la mesa.

Casi todo el pueblo está presente y muchos tienen algo que contar, alguna atención que ganarse o alguna queja que exponer de forma airada, aprovechando la asistencia de las escasas autoridades que aceptaron la invitación de la familia Martínez a la celebración de la Primera Comuni3n de las hijas mellizas: Rafael Cavestany de Anduaga, ministro de Agricultura, y su esposa Enriqueta, el sargento de la Guardia Civil, Juan Galán, y Pedro Santander, alcalde de El Catalar, el hombre al frente de una localidad que apenas cuenta con setenta y cinco vecinos censados. Casi la mitad de personas que han asistido al evento en este domingo de primavera.

Ana piensa en acercarse para preguntar a su padre si se encuentra bien, pero decide que es mejor mantenerse a una distancia prudencial del invitado de honor, el ministro Cavestany. Su presencia le incomoda. No le ha dicho nada inapropiado, pero

tampoco rehúye la conversación con ella, como hacen la mayoría de adultos, y no le gusta el apodo que le puso en cuanto les presentaron: Carmencita.

—Por Carmen Sevilla —le explicó—, que tiene la cara redondita como tú.

La adolescente no se encuentra ningún parecido con la actriz, a la que considera mucho más esbelta y guapa, no tan entrada en carnes como ella. En cierta manera, le molesta que no haya dejado de llamarla así en ningún momento, y en el fondo, le parece una burla encubierta.

Pero corregir a un ministro, o pedirle que no bromee con ella, es algo que ni se plantea, una falta de respeto que Teresa, su madre, no le pasaría por alto.

Un ministro de Agricultura, piensa Ana, recordando el tono que utilizó su madre, entre la decepción y el reproche, cuando Alfonso les informó de que era el único miembro del Gobierno que había aceptado la invitación que enviaron a las autoridades, a petición expresa de su mujer.

Porque nos ven como gente de pueblo, Alfonso. Que a un héroe de guerra condecorado se le manda al ministro del Ejército como poco, protestó la mujer de forma airada, atestada de complejos desde que se trasladaron a El Catalar, a la gran casa familiar que había heredado su esposo. De nada sirvió que Alfonso tratara de convencerla de que el hecho mismo de que envasen a un ministro suponía un privilegio y una deferencia poco frecuente, omitiendo que era probable que la verdadera razón por la que Cavestany se había desplazado hasta la sierra madrileña respondía a motivos políticos.

Rafael Cavestany comenta a viva voz, intentando que todos los presentes escuchen la conversación que mantiene con Don Antonio, el párroco, que unos días atrás consiguió que se aprobase su propuesta para el Plan Badajoz, uno de los proyectos de

desarrollo más ambiciosos del gobierno liderado por el general Franco.

El ministro remarca el orgullo que se desprende de sus palabras acariciando con solemnidad su enlustrado bigote, en un gesto de elegancia ensayada, mientras se mantiene erguido en su uniforme militar de gala como si se hubiesen excedido con el almidón y las ropas se hubieran convertido en una coraza rígida que limitara sus movimientos.

Aunque luce el mismo aspecto que la mayor parte de los hombres de mediana edad sentados a la mesa, incluyendo ese bigote que es casi imperativo, idéntico al de Alfonso o al del sargento de la Guardia Civil, su porte es más altivo y elegante. Hace gala de unos modales impecables que denotan que es un hombre instruido y bien preparado, ingeniero agrario de profesión, por mucho que Teresa insistiera en su idea de que desde Madrid iban a enviarle a un campesino venido a más.

—El Plan de Obras está aprobado y aquello será toda una innovación, ya lo verá, padre. Espero que algún día podamos poner en marcha algo así en esta zona de la sierra, que tiene mucho potencial por explotar.

—Oh, qué maravilla —afirma Teresa, con mal disimulada complacencia, pese a que en ningún momento el ministro se dirige a ella. Es un hombre acostumbrado a los halagos gratuitos, que o bien ignora o bien encaja con más naturalidad que falsa modestia.

Enriqueta, la esposa de Cavestany, sí atiende a las palabras de la anfitriona, y le sonríe con la cortesía impostada de una mujer que está acostumbrada a lidiar con los protocolos de este tipo de actos sociales.

—¿Y qué pasará ahora con la gente que vive allí? —quiere saber el párroco, que se sacude su impecable sotana como si con el gesto restara gravedad a su pregunta.

—Tendrán que irse, como es lógico —explica el ministro con lige-

reza, dejando claro que esto no tiene la más mínima importancia para él.

—Entiendo —acepta el cura—. Pero serán reubicados, me imagino.

—Por supuesto, nuestro Gobierno no va a dejar a ningún ciudadano sin casa —responde con contundencia, haciendo notar que la duda incluso le ofende—. Las cosas van bien, don Antonio, pierda cuidado. Está costando grandes esfuerzos y no pocos sacrificios, pero nuestra gloriosa nación se pondrá a la cabeza del continente muy pronto, ya lo verá. Y nuestro sistema agrario será la punta de lanza de la recuperación económica y del desarrollo del país.

Lo que el rapsoda del agro regatea con buen tino al cura es que Badajoz será ocupada por cerca de seis mil colonos, enviados *ex profeso* para explotar la industrialización de la provincia durante los siguientes catorce años. Lo que obligará a la redistribución del mismo número de viviendas familiares.

—¿Dónde están las niñas? —repite Alfonso, ajeno a los alardes del ministro, tratando de que su mujer deje de asentir a cada palabra que pronuncia Cavestany y le conteste, mientras con la vista peina el campo de enfrente, por donde juegan decenas de niños, cercados por el muro que delimita la propiedad.

Son los hijos de los vecinos del pueblo y de las familias ilustres invitadas por Teresa, llegadas desde la capital en los numerosos automóviles que rodean el caserón de piedra, con cierto orden improvisado y desde todos los ángulos.

Desita y Luisa, las mellizas, deberían destacar en medio de la muchedumbre pueril por sus pomposos vestidos blancos de primera comunión. Pero Ana tampoco consigue distinguirlas desde su sitio a la mesa, del que su madre le ha prohibido moverse hasta que el banquete finalice.

Y mientras la chica permanece en el puesto que le fue asignado, se lamenta pensando que Emilio todavía estará esperándola en el

claro del monte en el que se citan en cuanto les surge la mínima ocasión.

Fue muy ingenua al pensar que su madre le permitiría ir a jugar con los niños y que podría escabullirse, al menos unos minutos, para verse con su novio. Teresa ha cedido con las pequeñas, a petición de Alfonso, pero a su hija mayor le exige decoro, que se comporte como una mujer y ejerza de anfitriona con los invitados.

—Con suerte, conoces a algún buen mozo de Madrid y pronto te casamos y te vas a vivir a la capital —le dijo, proyectando en su hija sus propios anhelos, que nunca trata de disimular.

Ana aprovecha la inquietud de su padre para levantarse con recato, pidiendo unas disculpas que nadie exige, y se acerca hasta el centro de la mesa; la zona presidencial reservada al matrimonio Martínez, las homenajeadas y los invitados más insignes.

—¿Está bien, padre? —pregunta a Alfonso, que suda cada vez más y tiene que contener el impulso de volver a agarrarse la barriga por el costado derecho para no resultar maleducado delante de sus invitados.

—Sí, hija, no te preocupes —la tranquiliza—. Es que he comido demasiado. Y estoy algo nervioso porque no veo a tus hermanas por ninguna parte.

Teresa se inclina hacia ellos, esbozando un gesto irritado que funciona a modo de interrogación.

—Papá está preocupado por las niñas —responde Ana a la pregunta sin enunciado de su madre—. Desde aquí no se las ve con los otros niños.

—Pues no haberlas dejado ir, que se lo dije —reprocha la mujer—. Encima, volverán con los vestidos sucios y estropeados, y habrá que mandarlos a arreglar para poder guardarlos. Que esto no es una fiesta para esas cosas, que su sitio está en la mesa, con la familia y los invitados.

—Mujer, es su Comunión —repite Alfonso, con esa entonación

grave y hermética que todavía ahora, a sus dieciséis años, Ana no alcanza a precisar si conlleva una afirmación rotunda o sólo una constatación, pero ante la que nadie de la familia replica jamás.

Su mujer sonrío y asiente, sin estar de acuerdo en absoluto. Casi pueden intuir el «no es apropiado» que siempre suele esgrimir en estos casos. Pero no llega a pronunciarlo en voz alta.

—¿Quieres que vaya a buscarlas? —se ofrece Ana, cazando al vuelo la oportunidad de acercarse al menos un momento al claro a advertir a Emilio de que debe volver a casa, que no podrán verse hoy.

—De eso nada —responde Teresa, tajante—. Vuelve a tu sitio, que ya mando a alguno de los sirvientes a buscarlas.

A pesar de que pronto empezará a oscurecer, la comida y la bebida no han dejado de llegar a la mesa en ningún momento desde el mediodía, al tiempo que el servicio contratado para la ocasión retira pilas de fuentes y platos vacíos.

Pero la noche está al caer, y para cuando una de las sirvientas —escogida al azar por Teresa para ir en busca de las pequeñas— regresa diciendo que no encuentra a las mellizas por ninguna parte, las conversaciones frenéticas empiezan a remitir, al ritmo que la noticia pasa de boca en boca entre los comensales casi a la misma velocidad a la que venían engullendo hasta ese instante:

Las homenajeadas están en paradero desconocido.

Un murmullo de preocupación comienza a dejarse oír desde el enorme órgano en que se ha convertido la mesa principal; una arritmia que no parece contener ningún buen presagio.

Al final, Ana, con la complicidad de Tomasa, la cocinera, ha conseguido separarse del grupo que, con mucha discreción, Teresa pudo organizar para salir en busca de sus hijas, evitando así que Alfonso volviera a ausentarse.

Aunque reticente, la mujer aceptó que participase en la búsque-

da cuando su marido argumentó que, con toda seguridad, Ana conoce mejor que nadie los escondites que sus inquietas hermanas pequeñas suelen utilizar en sus juegos.

Mientras se encamina hacia el sendero que discurre por detrás del caserón —una zona por la que sabe que es poco probable que las mellizas se hayan internado, ya que tendrían que haber pasado por delante de la mesa o haber dado un largo rodeo para no ser descubiertas—, no puede evitar pensar que de haber estado Hada no las habría perdido de vista en ningún momento. La niñera, al contrario que su madre, había permanecido siempre alerta con las niñas, sabía cómo controlarlas y manejar cualquier situación en general.

Antes de que enfermase, su eficiencia en los cuidados de las tres hermanas había sido incuestionable. Una presencia que para la mayor de ellas se había convertido en imprescindible, la única persona en la que encontró apoyo, o como mínimo discreción, cuando empezó a frecuentar cada vez más a menudo el claro.

Pero Hada murió ocho días atrás, después de varios meses de larga agonía, dejando en Ana una profunda pena, similar a la que imagina que se debe sentir tras la muerte de una abuela, mientras que Teresa sólo lamentó la pérdida de una ayuda inestimable, y sus hermanas ni siquiera parecían haber acusado su falta. Es más, no puede evitar pensar que lo han interpretado como una forma de conseguir más libertad en sus juegos.

Con la noche abriéndose paso, el sendero flanqueado de árboles resulta casi impracticable por su escasa visibilidad, pero Ana se sabe el camino de memoria. Lo ha recorrido muchas veces, aunque en los últimos tiempos ha comenzado a infundirle cierto respeto.

Es por el Babujal, piensa, recordando la historia que Aldo, el hermano de Hada, le contó cuando la descubrió por allí casi entrada la madrugada, regresando a casa tras uno de sus encuentros furtivos con Emilio.

Pero el Babujal no existe. Son supersticiones de personas sin civilizar, tonterías que le metían en la cabeza a Aldo en Cuba para asustarlo o para aprovecharse de él, porque es un hombre sin cultura y sin evangelizar, pese a que su hermana mayor profesase la religión católica. Aunque la propia Hada murió entre delirios, reconociendo por primera vez su existencia, está prohibido hablar del Babujal en la casa de los Martínez.

Ana concentra sus pensamientos en Emilio para despejar de la mente estos temores que su padre ha declarado tabú.

Su amado Emilio, que debe llevar horas en el claro. Por una parte, cree que lo más lógico sería pensar que habrá vuelto a su casa en cuanto empezó a oscurecer. Pero, en el fondo, la chica espera que no sea así, que haya tenido la suficiente paciencia como para aguantar hasta esta hora. Espera poder verlo, aunque sea un instante; lucir para él el vestido que su madre encargó a medida para la ocasión, e intercambiar unos besos apresurados y ansiosos, antes de tener que volver a reunirse con su familia y el resto de invitados a la comunión.

Sus hermanas no son el centro de su preocupación, está segura de que pronto darán con ellas. Su amor por Emilio es lo que alivia el tedio de sus días en esa casa en la que las libertades están sometidas a los deseos de su madre, o a las limitaciones que conllevan los cuidados de su padre.

A Ana no le importa en absoluto tener que ejercer el papel de esposa que Teresa delega cada vez más a menudo en ella. Lo que la entristece es que decida sobre su vida social y su cada vez más escaso tiempo libre, algo en lo que su padre se muestra de acuerdo con su mujer. Aunque, en su caso, sabe que es porque desea lo mejor para su hija, y no puede reprochárselo.

Bajo esta premisa, sus días transcurren entre las directrices de su madre, decidida a convertirla en una mujer virtuosa a la que poder casar con algún hombre de la ciudad, y las clases particulares que

le ha procurado, a cargo de una maestra de la Escuela Municipal del Hogar. Dos veces por semana, doña Encarna la instruye en las labores que toda mujer de su posición debe saber llevar a cabo. El resto de la semana lo dedica, bajo la supervisión de Teresa, a confeccionar su ajuar. Ayudada por dos sirvientes, borda, zurce o plancha cada vez con más destreza. Acumula camisones, ropa interior y de cama, mantelería y toallas, todo bien dispuesto para cuando llegue el ansiado —por su madre— día de su boda.

Ana no opone resistencia, asume el papel que le han asignado. No le importa acabar siendo esa esposa entregada en la que quieren convertirla. Pero quiere serlo de Emilio, un muchacho que sabe que jamás sería aceptado en la familia. Un chico al que, sin haber dado nunca motivo para ello, se le vincula con ideas de izquierdas por el simple hecho de que su hermano desapareció hace tres años, y en los corrillos se asumió enseguida que se había escapado para unirse a los maquis que, según los rumores, todavía se ocultan en los montes de la sierra madrileña.

Ella sabe que no es cierto, que Emilio apenas cuestiona la autoridad, y siempre con la boca pequeña, cuando se encuentran a solas. También le niega que su hermano Francisco se haya unido a los maquis, aunque esto no lo haría nunca en público, porque lo más sensato es aceptar la sentencia popular de la pequeña parroquia de El Catalar y vivir fingiendo que su hermano no existió, o que no le importa lo que haya sido de él. Porque ahora está con los rojos y se merece la peor de las suertes.

El sendero comienza a despejarse de árboles y vegetación a pocos metros del río, cuyas aguas, cubiertas por un denso vaho, ofrecen la ilusión de bullir de un modo insólito.

Como único medio para cruzar al otro lado, hasta el claro, están los troncos gruesos de dos árboles que alguien, tiempo atrás, taló y colocó a modo de puente, asegurados a ambos extremos con rocas. Esto debió ser antes de que la familia llegase a la

casa, quizás fuera obra de los abuelos de Ana o de su tío Pepe. En cualquier caso, no cree que el improvisado puente fuera cosa de su padre, que siempre ha presumido de su carácter reflexivo y poco temerario, y al que nunca ha visto frecuentar el lugar.

Ana no tiene miedo de caer al río porque en esta zona el nivel del agua apenas le llega a la cintura. Y el ocaso todavía ofrece la claridad suficiente para dar cada paso con firmeza.

A medio camino, la chica se detiene un instante. Un movimiento inesperado reclama su atención.

Del otro lado del río, en la orilla hacia la que ella avanza con decisión, ondea una tela que pende de un palo reseco, a modo de improvisada bandera.

Emilio nunca dejaría ninguna señal allí, ni para ella ni para nadie. Eso supondría una condena para ambos; algo más propio de los maquis.

La respiración se le agita. Ana tiene la sensación de que las costillas no consiguen dar cabida a sus pulmones, que encuentran demasiada oposición y la ahogan.

Es por el miedo. Es por el mal presentimiento que no termina de paralizarla, pero bloquea sus sentidos.

Es por el Babujal.

La tela es blanca y está moteada de lamparones oscuros.

Avanza unos pasos más y entonces alcanza a ver que hay algo justo detrás de la deslucida bandera, rodeado de un montón de piedras dispuestas en círculo.

Cuando se da cuenta de que el bulto que ha aparecido ante ella es un cadáver, el aire contenido en sus pulmones vence al fin la resistencia de su caja torácica, materializándose en un alarido desgarrador.

Su grito resuena por todo el monte y se escucha desde la mesa de celebración.